

This document is brought to you by the  
Northwestern University Main Library Interlibrary Loan  
Department.

NOTICE: This Material May Be Protected By Copyright Law.  
(Title 17 U.S.Code)

Wisconsin Library Services (WILS)

ILL Lending

728 State Street / Madison, WI 53706



GZM TN: 2286772

**Borrower:** INU

**Lending String:**

\*GZM,MNU,JHE,JHE,CIN

**Patron:** Diaz-Migoyo, Gonzalo

**Journal Title:** La Autobiografía en la España contemporánea ; teoría y análisis textual.

**Volume:** **Issue:**

**Month/Year:** 1991 **Pages:** 61-3

**Article Author:** Gonzalo Díaz Migoyo

**Article Title:** La ajena autobiografía de los hermanos Goytisolo,

**OCLC Number:** 25256147

**ILL # / Wiscat # -** 104398833



**Location:** Mem

**Call #:** AP A6287 A1 B242 no.125

**Request Date:** 20130510

**MaxCost:** 100.00IFM

**Shipping Address:**

Northwestern University Library

ILL

1970 Campus Drive

Evanston, IL 60208-2300

**Fax:** 847-491-5685

**EMail:** ill-request@northwestern.edu

**Borrowing Notes:**

**Copyright Compliance:** CCL

IMN

ODYSSEY

This material may be protected by copyright law (Title 17 U.S. Code).

## La ajena autobiografía de los hermanos Goytisolo

Gonzalo Díaz-Migoyo

controversia entre Juan y Luis Goytisolo acerca de la fidelidad de sus respectivas autobiografías en materias familiares comunes da pie para explorar algunos de los problemas inherentes a este género narrativo. Quizá los más críticos sean los relativos a la posibilidad-imposibilidad de la representación por escrito, la relación del texto con el contexto, y la del escritor con su lector. Del examen se desprende el carácter infinito de la ficción escritora.

En sus «Acotaciones» a la primera parte de la autobiografía de su hermano Juan, *Coto vedado* (1985), Luis Goytisolo recoge los recuerdos de éste sobre distintos asuntos familiares y muy especialmente en lo relativo a la personalidad respectiva del padre y del abuelo. Aparecieron las «Acotaciones» inicialmente en tres entregas del suplemento dominical de *El País* durante el verano de 1985, ese mismo año fueron recogidas en el libro *Investigaciones y conjeturas de Claudio Mendoza*. Venían a ser la predecible contestación de Luis Goytisolo a las apostillas que su hermano Juan había puesto a su *Antagonía* bajo el título de «Lectura familiar de *Antagonía*»: publicadas en la revista *Quimera* en 1983, en las que Juan se declaraba «lector privilegiado» de la autobiografía de su hermano. Por eso quizá las «Acotaciones» no debieran haberle sorprendido. No fue así, sin embargo, sino que incluso le mostraron las contradicciones que le hacía Luis y, por conductos subterráneos, dio lugar a una contrarréplica, firmada por Ramón Pinyol-Balasc —testaferro literario, por aquella época, de otro novelista amigo quien, a su vez, había hecho suya la tarea de desfacer este entuerto fraternal—, cuyo principal interés está justamente en reflejar, con esa significativa mediación, la postura de Juan Goytisolo sobre el asunto. Este corto texto llevaba el equívoco título de «El tercero en concordia» y apareció también en *El País*, tres días después de publicada la tercera y última entrega de las «Acotaciones». Queda en él clara, ante todo, la aviesa intención que lo anima, tanto la del firmante abogado de circunstancias

como, sin duda, la de su representado, evidente, por ejemplo, cuando tacha a Luis Goytisolo de «vergonzante lector privilegiado que cree ser...hijo» del padre representado en *Coto vedado*, o cuando remata con estas palabras: «La figura literaria de Luis Goytisolo no sale tal vez engrandecida de esta empresa ni corresponde a lo que cabía esperar del autor de una obra como *Antagonía*». Su sustancia se limita a rebatir destempladamente las contradicciones de Luis a Juan. Baste este último botón de muestra: «También yo, a través del trato asiduo con José Agustín Goytisolo, podría reclamar mi pequeño coto o privilegio de “lector privilegiado”, ya que él me comentó en diversas ocasiones episodios familiares que figuran en *Coto vedado*. Y además me señaló que el episodio del abuelo, tal como lo cuenta Juan Goytisolo, es rigurosamente exacto».<sup>1</sup>

La disputa carece de interés en cuanto a la exactitud de unas u otras representaciones de la vida familiar de los Goytisolo, y, por descontado, no voy a terciar en ese terreno, ni, de hecho, voy a terciar entre ellos en ningún otro. Da pie, sin embargo, para reflexionar brevemente, entre otras cosas, sobre la capacidad de la escritura para representar la realidad; sobre la independencia del texto respecto del contexto; y sobre la relación del escritor con su lector.

Todos sabemos de la insistencia con que estos dos escritores han pretendido ofrecernos textos libres de ataduras referenciales, textos más atentos y más centrados en su realidad textual como labor de escritura y de eventual lectura que en cualquier otra realidad extratextual a la que sirvieran de vehículo transparente y fidedigno. Ante estos propósitos, lo menos que la actual discrepancia autobiográfica obliga a decir es que los hermanos Goytisolo no leen exactamente como escriben o como quieren ser leídos; que muestran cierta curiosa inconsecuencia entre su actitud escritora y su actividad lectora.

Hay que decir también, en su descargo, que tampoco han rehuido el terreno en donde es verdaderamente difícil evitar esta inconsecuencia: el de la escritura y la lectura autobiográficas. Por definición, se trata del ámbito narrativo en donde más agudamente se plantea la contrariedad intrínseca de la escritura: por un lado, transparencia ante la realidad del pasado que representa y en la que se anula, pero, por otro, opacidad como labor actual ajena a aquel determinante referencial. El conflicto es, además, particularmente grave cuando se trata, como en este caso, de una misma autobiografía con dos autores, o de un par de autobiografías sobre una misma

vida. Adopta entonces el aspecto de una crítica (distinción, juicio) de la «propiedad de la escritura» en los dos sentidos de esta palabra: dominio o señorío de y sobre ella y de y sobre su referente, por un lado; correspondencia o adecuación canónicas de la escritura al referente, por otro: propiedad sobre lo representado y sobre la representación y, simultáneamente, propiedad recíproca de ambos. Si a ello se añade el hecho de que este contencioso autobiográfico se centra en algo tan fundamentalmente determinante para esa anfibológica «propiedad» como la paradigmática cuestión de su origen —origen del hijo, o hijos, en el padre, y de éste en su padre— y, más aún, de la identificación sexual de este origen —apocamiento o debilidad de la masculinidad paterna, y ambigüedad sexual del abuelo—, es evidente que los hermanos Goytisolo han situado la cuestión en el lugar, momento o aspecto de la escritura más resistentes a cualquier discriminación: ése en el que su propiedad está ya o se encuentra todavía indecisa: plantea una alternativa que no se deja resolver mediante una u otra configuración única, excluyente, preponderante respecto de la otra.

Ambos hermanos quieren soslayar la indecibilidad de esta «apropiación» mediante un mismo subterfugio: el consistente en independizar la escritura de la lectura, considerarlas por separado, para poder así afirmar respecto de una el tipo de propiedad que la otra rehúsa. Pero el intento no consigue verdaderamente desunirlas: que sólo traten expresamente de una de ellas no evita que la otra esté presente por implicación obligatoria, con lo que siguen hablando de ambas integralmente. Lo que sí cambia con este tratamiento es el hecho de que en vez de considerar la escritura-lectura de un texto desprovisto de contexto, los hermanos consideren ahora la escritura-lectura de un texto contextualizado o, más precisamente, del contexto textual.

Juan Goytisolo cree posible hacer coincidir el contexto del lector con el del escritor cuando, como en este caso, escritor y lector autobiográficos son hermanos, es decir, comparten un mismo pasado. El lector es entonces, dice, un «lector ideal» más o menos conscientemente soñado por el escritor, un «destinatario secreto» que capta el significado de todas y cada una de [las] referencias personales. Dicho lector ideal no puede ser sino un doble del autor: un lector que haya compartido las coordenadas y vicisitudes de su existencia.<sup>2</sup> Cree con ello evitar la cuestión del texto en tanto que origen de los efectos contextuales de lectura por el simple expediente de identificarlos con los supuestos orígenes del

*texto mismo*: la lectura, esta lectura familiar al menos, *leería bien el texto* del hermano porque *leería bien su pretexto contextual*. Pero esta identificación, evidentemente, es la trampa en que consiste el fenómeno textual mismo.

Luis Goytisolo, en cambio, negará la posibilidad de esa lectura privilegiada tanto para sí como lector de *Coto vedado* como para su hermano, lector de *Antagonía*. (Por más que aquella contrarreplica de «El tercero en concordia» le acuse falsamente de arrogarse esta postura.) Considera que de esas condiciones de conocimiento previo no resulta una lectura privilegiada en el sentido de perfectamente apropiada al texto, sino una lectura «interesada, condicionada». Su hermano, dice, convierte «la lectura familiar de un libro en la lectura familiar de sí mismo... con lo que la realidad leída se transforma en otra realidad, la del lector». Parecería que esta afirmación implicaba el carácter erróneo de esa transformación lectora, pero a renglón seguido añade Luis Goytisolo: «exactamente el tipo de lectura que yo quisiera que todo lector hiciese respecto a sí mismo, dondequiera y cuandoquiera que viva».<sup>3</sup> De nuevo, se intenta mantener incólume e independiente la propiedad (dominio, idoneidad) textual traspasándose la toda al lector. Ya se ve, sin embargo, cuán precaria y discutible es la transferencia, puesto que la realidad para/del lector está prevista y autorizada, de antemano contenida, en la realidad textual del escritor.

Esta desavenencia respecto de la propiedad de la lectura —posibilidad o imposibilidad de hacer coincidir su contexto con el de la escritura— no es sino otra versión, como digo, de la desavenencia respecto de la adecuación de la escritura a la realidad representada. En primer lugar, por el hecho evidente de que esas dos lecturas, «Acotaciones» y «Lectura familiar», no son sino *representaciones escritas* de lecturas —es decir, en última instancia, escrituras— que ya por sí mismas plantean la cuestión de su representatividad. En segundo lugar, porque en lo que los hermanos lectores difieren de hecho es en si la precedencia de la realidad familiar respecto de la representación de esa realidad es verdaderamente *procedente*. Lo mismo que antes con el término «propiedad», hay que entender ahora «procedencia» en sus dos sentidos de *origen* y de *conformidad* con un canon: *cuál* es el origen u objeto de la representación, por un lado, y al mismo tiempo, por otro, *cómo* debe ser la representación para, dado su objeto, no resultar improcedente. Poner el acento en la lectura del texto, con o sin contexto, no consigue independizarla de la escritura;

no hace sino implicar ésta, esconderla en un pliegue de la lectura. No se trata, en suma, de un verdadero desplazamiento del ámbito de discusión, sino, como decía antes, de un *subterfugio* o subocupación del mismo terreno bajo guisa de huida o abandono de él.

Cuando los hermanos adoptan, en cambio, la perspectiva escritora, la lectura se les presenta con otro cariz. Para Juan Goytisolo, la *adecuación* que su lectura familiar presupone entre el origen de la representación y la representación misma, es el tipo de odiosa referencialidad que sus propios textos, desde por lo menos su trilogía de *Señas de identidad*, *Reivindicación del conde don Julián* y *Juan sin tierra*, se empeñan en evitar. Para Luis, la *inadecuación* de la realidad representada con la representación textual, que es la problemática básica de toda su *Antagonía*, no resulta óbice para hacer unas acotaciones, éstas, al texto de su hermano que, justamente, presuponen esa adecuación —por más que se digan sólo versiones interpretativas de los hechos y no declaración taxativa de ellos.

Juan y Luis se contradicen entre sí y se contradicen a sí mismos. Quizá no podía ser de otro modo cuando lo que está en juego es la imposible solución de la paradoja de la representación mediante el aislamiento alternativo de una u otra de las contradictorias posiciones inherentes en ella: ese doblete, o nudo, de la «escritura» que hace que ésta *niegue toda propiedad que no le sea ajena o impropia* —una «propiedad», pues, consistente en negarse a sí misma, en enajenarse o inapropiarse respecto de una realidad que ella causa en el acto de decirse su efecto.

Por el momento parece que la última palabra en este contencioso la ha tenido Luis Goytisolo al incluir sus «Acotaciones» a *Coto vedado* en la colección *Investigaciones y conjeturas de Claudio Mendoza*. No sólo por haber sido este acto el último en el tiempo, sino porque al ofrecer así *su* lectura a *nuestra* lectura ha devuelto a la escritura el carácter indeciso que le corresponde. Este texto («Acotaciones»), en efecto, una vez incluido en *Investigaciones y conjeturas...*, no necesita el doble comentario expreso de lectura que, a modo de prólogo y de epílogo enmarcantes, acompaña a los otros tres textos de la colección. El hecho de estar incluido, sin comentario alguno, entre otras escrituras anteriores ahora leídas por Claudio Mendoza, lo convierte en lectura ofrecida a nuestra propia lectura: no necesita ser leído por ese lector textual porque ya era previamente lectura-escritura.

Pero esta conclusión es sólo provisio-



nal, sólo un arbitrario alto de la ficción infinita del texto escrito y/o leído. Un alto, en este caso, coincidente no tanto con *mi* escritura de *mi* lectura de la escritura de los hermanos Goytisolo, como con *esta* otra lectura que usted acaba de hacer de esta escritura.

#### NOTAS

1. Ramón Pinyol-Balash, «El tercero en concordia», *El País* (Madrid) (17 de julio de 1985).
2. Juan Goytisolo, «Lectura familiar de *Antagonía*», *Quimera. Revista de Literatura*, 32 (octubre de 1983), p. 39.
3. Luis Goytisolo, *Investigaciones y conjeturas de Claudio Mendoza*, Barcelona, Anagrama, 1983, pp. 81-82.